

ELVIRA COLLADOS DE JARA

EL SORTILEGIO DE
‘‘LAS MENINAS’’

UNA FRÍA TARDE de febrero, Ana hizo su primera visita al Museo del Prado. La esperaba allí una amiga argentina que estaba dispuesta a hacer de Beatriz en este paraíso del arte.

—“¿Quieres ver ante todo lo mejor del Museo?”.

Ana, sí, quería verlo; pero cuando su amiga, tomándola del brazo, la condujo a lo largo de la galería central donde se hallan cuadros de Zurbarán, de Ribera y de Murillo, se vio en un grave conflicto: debía pasar ante ellos sin detenerse; esto era una profanación: ¡conocer sólo de oídas y por reproducciones tanpreciadas pinturas y ahora pasar de largo ante ellas! Le parecía que se negaba a sí misma algo que por muchos años había apetecido con la incertidumbre de alcanzarlo. Quería darles aunque fuese sólo una mirada provisional y caminaba lerdamente, con la cabeza vuelta. Su resistencia era débil porque tiraban de ella su amiga . . . y también el ansia de ver pronto “lo mejor del Museo”. De su ligero e irreverente paso por la sala del Greco le quedó en las retinas un recuerdo violeta y amarillo: un lampo de vívida luz rasgado por un cárdeno atardecer, y en el corazón, un sentimiento de haber renunciado al goce antes de poseerlo. Mas este color y este sentimiento no alcanzaron a fundirse ni ella a vivirlos plenamente porque fueron tronchados casi al nacer. Guida a través de la sala de Velázquez, logró detenerse un segundo ante “La rendición de Breda”; dos, ante “Jesús Crucificado” y por fin su amiga la introdujo a la sala exclusivamente dedicada a “Las Meninas”.

El efecto del cuadro sobre el espíritu de Ana fue paulatino. El hechizo estaba agazapado en los rincones, listo para saltar sobre ella en el momento propicio. Inocentemente, Ana contemplaba la escena, a la vez trágica y encantadora. Tomó asiento, dándose tiempo para mirar con el deleitoso so-

siego que se había prometido desde antes del largo viaje, aun desde antes que supiese que podría ir. Por ser una desapacible tarde de entre semana, el Museo estaba ese día poco frecuentado y en aquella sala no había nadie más. Su amiga se había ido sin despedirse.

Ana se hallaba en una sala de doble fondo y más allá —en un “más allá” a la vez próximo y distante— había algunas personas de rostros vagamente conocidos. ¿Dónde, cuándo los había visto? Le eran en cierto modo familiares, pero le resultaba imposible identificarlos. ¿Quiénes? ¿Cuándo? ¿Dónde? Era preciso recordarlo pronto para saber qué actitud tomar. Creía tener los nombres de estas personas en la punta de la lengua, pero allí, en la punta de la lengua, los nombres jugaban con ella a las escondidas, sobre todo el de aquel señor alto, severo, condecorado con una roja cruz.

Algo bueno, sin embargo, hacía tolerable su desconcierto: se sentía en un plano ligeramente distinto al de esas personas; por alguna razón que se le escapaba, aún no era preciso saludar de una determinada manera; si diera un paso, sí, ya estaría entre ellos y entonces tendería una mano o saludaría tímidamente con una sonrisa, esperando la acogida para saber cómo reaccionar después. Además, la confortaba el hecho de que estas personas no parecían sorprenderse de su presencia ni la urgían en modo alguno a definirse. Tampoco eran indiferentes, no es que la ignorasen, más bien era como si estuvieran habituadas a ella y no considerasen necesario hacerle saber que la conocían. Para ellas, la situación era natural; para Ana, embarazosa, pero, si ellas no se percataban de su confusión, podría darse tiempo para decidir con calma.

Y dándose tiempo, se puso a pensar con la mayor clarividencia y objetividad, ateniéndose a hechos concretos. El alejamiento de su amiga le pareció un acto de exquisita cortesía: seguramente adivinó lo conturbada que ella se iba a sentir y no quiso presenciar su bochorno. Luego, Ana sintió que este trascendental suceso de su vida se parecía a un sueño. El parecido estaba en que no le causara extrañeza la indumentaria de las personas ante quienes se hallaba: tampoco en los sueños lo que es absurdo nos lo parece. De todos modos, para proceder con más rigor en el análisis de la situación, se preguntó si no sería un sueño —de ésos que se sueñan cuando una está dormida— y constató que no, que no lo era, porque cuando soñamos y nos hacemos esta pregunta, nos respondemos inequívocamente que sí. Para cerciorarse, miró la puerta entornada que dejaba pasar un ángulo de luz: esta puerta era evidentemente tan real como el paño de su abrigo, que palpó varias veces con la palma de la mano muy estirada para percibir su calor y

su frisura. Oblicua, la macilenta luz natural del invierno copiaba la luz de la escena y la prolongaba, haciéndose pasar por ella. ¡Al fin, una suplantación como tantas otras!

Tampoco le parecía extraño que todas aquellas personas —y el perro, a la derecha, en primer plano— siguieran continuamente en la misma posición. Observó que no se podía decir de ellos: "están quietos", sino que estaban a punto de continuar su movimiento; la mirada y el gesto no parecían detenidos: estaban produciéndose, recién surgidos del espíritu que los impulsaba, plenos de dinamismo, separando, exactamente y sin dilación, el instante que los precedía y el que los seguía. Ana evocó las Coplas:

Y pues vemos lo presente,
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sabiamente,
daremos lo no venido
por pasado.

Era un milagro que —como ocurre en el mundo de los sueños, que se sueñan cuando estamos dormidos, es decir, cuando solamente somos lo más oculto de cuanto somos— para Ana pasaba inadvertido. El presente se mantenía tal sin perder su naturaleza, su naturalidad, su peculiaridad, sin pasar a desvanecerse y opacarse en el pretérito y sin ser sustituido por un nuevo presente que el futuro secretara de sí, de su propia sustancia temporal. Era un presente perviviendo con toda su lozanía y plenitud. Esta persistencia de lo actual le producía una inefable sensación de dicha apacible, de lograda ventura, distinta a toda otra felicidad alcanzada en su vida, porque no llevaba en su seno el gusano que la corroe insensible e inexorablemente. Sólo un ligero temor rozó su arrobo como el céfiro que riza la quieta superficie del agua preñada de una realidad invertida en réplica exacta, equidistante y escrupulosamente fiel a su modelo, y esta inquietud surgió porque por un momento olvidó preocuparse de estar siempre en el plano de la sala que le correspondía, el que aún no era invadido por aquellas personas que parecían a punto de venir hacia ella. En este momento se hallaba de pie, más cerca; Ana recobró la seguridad del límite que la separaba y se tranquilizó para entregarse de nuevo al hechizo. No se detuvo a considerar si su timidez, respecto de la otra zona, era de carácter social o si simplemente era debido a su intuición de que esa zona fuese de otra índole, ni reparó en que no

tenía una idea precisa de la línea que separaba ambos predios. Algo en el fondo de su conciencia le advertía que habría sido prudente ocuparse de esto, pero acalló esa voz.

Contempló detenidamente a aquellos seres. La luz tamizada procedente de la severa estancia de palacio se escapaba silenciosa por la puerta entornada. Era la misma luz que nimbaba a aquellas personas que la habían recibido con tan indiferente familiaridad. La luz que a ella la envolvía trascendía del fondo de sortilegio, donde aquellos seres amables vivían su inalterable existencia.

El caballero de la roja cruz en el pecho y del severo continente, era un pintor, pues estaba ante el caballete, pincel en mano. Esto Ana lo sabía desde antes; sin embargo, no se valió de este conocimiento para atrapar el nombre que había bailado hacía unos segundos en la punta de su lengua; ahora tenía una buena oportunidad para asirlo al vuelo, pero estaba abstraída en la contemplación; hasta tal punto una pierde la capacidad de reflexionar cuando se deja arrebatarse por un encanto. Ana estaba absorta en la solución de un problema mucho más grave: ¿qué pinta este pintor? Este pintor está retratando a los reyes, a esos reyes que se ven allá, desvaídos, en el espejo del fondo. ¿Por qué, algo tan notorio, se le presentaba como un problema? ¿Qué idea se atravesaba a ésta y se superponía a ella, transparentemente como las imágenes de dos fotografías tomadas sobre una misma película? ¿Por qué Ana pensaba dos cosas al mismo tiempo? Pensaba que Velázquez —¡Ah! ¡Velázquez!, ¡ya lo pilló!— está pintando a los reyes cuyas cabezas se proyectan en el espejo y también pensaba que Velázquez —¡ya se acordó!— finge pintar a los reyes solamente, pero en realidad pinta a todos los que están allí y también el lugar donde están. Sólo a ella no la pinta. Ana desconocía las razones sobre las cuales podría sustentar esta convicción, pero estaba segura de que había un cuadro dentro de otro, de que ésta era la pintura de un pintura, y acudieron a su mente tres pensamientos: el teatro de Pirandello, el retablo de Maese Pedro y el drama dentro del drama de "Hamlet". Ocurre así, que a veces dispersos recuerdos se congregan sigilosamente llamados, quizás, por qué misterioso conjuro.

Desechado el problema, Ana, la peregrina, se entregó a la seducción de esa atmósfera íntima y melancólica que se ha creado a sí misma una oquedad en la sala del Museo, y en esa atmósfera, a la seducción de la pequeña princesa en cuyo torno se conciertan las personas y las cosas.

Margarita es la verdadera luz que hay en la regia habitación. En un espacio pálidamente entenebrecido, irradia la adorable criatura con la lumi-

nosidad de su atavío, de sus cabellos de un rubio tiernísimo, y, sobre todo, con esa gran reserva de infancia que hay en ella, que es como un vaso colmado de perenne niñez. Su presencia de nardo es un gozo entre la contenida tristeza del artista y la tenaz dignidad con que la enana hace frente a su dolor.

A la derecha, en primer lugar, está echado el perro. ¡Qué dueño de sí y qué confianza de ocupar su sitio manifiesta en toda su actitud! Habría sido en cierto modo justificado que Ana envidiara esta noble confianza; mas, en vez de envidiar, sonrió con profunda simpatía y regaló su mirada en la contemplación del leonado y brillante pelaje, de los músculos tensos y henchidos. ¡Cómo hubiera deseado pasar su mano por el bruñido lomo, palmotear la cabeza, acariciar la sedosa oreja! Ana se prometió darse este lujo dentro de unos minutos, cuando se hubiera decidido con claridad si ella estaba allí como visitante o como partícipe de este hogar. El animal continuaba insensible a la travesura del enanito, como sumido en éxtasis, reservando para sí, holgadamente, el primer término, muy cierto de su derecho, dejando traslucir un elevado concepto de su condición canina. Rodeado de amigos, entre los suyos, ¡qué dichoso es este perro de Velázquez y qué bien se observa en él el afecto del pintor!

Entonces, es preciso describir los hechos detalladamente; aunque no se movió, en lo íntimo de su alma, Ana dio un nuevo paso hacia adelante. En otras palabras, comenzó a prescindir totalmente del marco o, a lo sumo, el marco comenzó a adquirir para ella las cualidades del dintel. Ella estaba demasiado absorta para tomar conciencia de la metamorfosis y ésta fue la primera ventaja que le ganó el insidioso peligro que la acechaba. Se había dejado coger por un afecto más en este mundo detenido cuya vida palpita sin moverse, en arcana existencia desprovista de futuro.

Ana consideró que entre los seres que pueblan la estancia hay una relación jerárquica: el más humilde, el animal; el enanito, la enana, las dueñas, la princesa, los reyes. Si estamos de acuerdo en que hallarse en primer lugar es un privilegio, estas criaturas se hallan dispuestas en un orden inverso a su importancia. Allí está, delante de todos, el magnífico can; en seguida, el travieso enano, jugando a pisar con su gracioso piececillo el ocre dorado del rotundo lomo; después, la enana, la figura más fuertemente conmovedora, porque ella no arrastra su tragedia, sino la levanta a la altura de su mirada; ella hizo que Ana descubriese el rectilíneo sentido estimológico de la palabra "sobrellevar"; cuando decimos "sobrellevar su dolor" significamos "llevar su dolor levantado a nivel de sí mismo y no a ras del suelo".

¡Esto le hizo comprender la enana de Velázquez, esto, y bien valía la pena haber viajado tanto para comprenderlo! Luego, el irresistible encanto de la princesa. Al fondo, en un difuso espejo, las imágenes evanescentes de la reina y el rey. Esta ordenación desde la humildad hacia la grandeza no se interrumpe por la ubicación, fuera de línea, de dos personas más: el caballero y el pintor. El caballero está allá lejos, donde la sala termina y tiene salida por otra puerta que deja penetrar un glorioso haz de luz, y es verdad que para seguir este orden de menor a mayor, él debería estar a continuación de las dueñas —¡tan llenas de gentileza y juventud!—, junto a las meninas, las damitas de palacio, y no está después de ellas, no: está detrás de los reyes; pero lo que pierde espacialmente lo gana en luminosidad: la luz que se precipita por la puerta del fondo parece que pretendiera arrebatarlo a la atmósfera tenue que envuelve a los demás, del mismo modo que Elías fue arrebatado por un ángel, auriga de un carro de fuego tirado por flamígeros corceles. Tampoco el pintor perturba la ordenación gradualmente invertida, porque él... él no pertenece a la misma clase de los demás seres que sustentan en la sobria habitación su imperturbable existir y cuyos corazones laten con pulso sereno. Ana se dio ahora cuenta de que el pintor tenía directa participación en el origen de aquellas vidas, de que una poderosa fuerza creadora lo hacía distinto a todas ellas y de que él escaparía siempre a cualquier orden que sobre ellas impusiera cualquier destino. Más aún, faltaban algunos momentos, breves aunque irreparables, para que ella comprendiese el papel que jugaba aquel hombre en la armonía del conjunto. Gravitaba sobre ella el peso de una inminente revelación.

Para aliviarse, se concentró en las meninas; sería solamente una tregua; después debería librar la gran batalla. La más juvenil, casi una niña, se inclina ante la princesa —más niña todavía— con una reverencia tan adorable, con una gracia tan blanda, con la belleza de una flor humana dulcemente rendida sobre su tallo. En vano da la espalda a la recién llegada: es fácilmente adivinable la pureza de sus facciones y de su tez. En solícito gesto, tras la princesa, está la otra menina, un poco mayor, y parece que el palacio se hubiese construido para contener a las tres niñas, como se hace un estuche para contener a las joyas.

Nuevamente la enana está aquí, sin decir "aquí estoy". Pero ¿cómo la humildad y la dignidad cuajaron juntas tan prodigiosamente unidas y persuasivas en esta mujer? ¿Qué sugestiva y secreta hermosura se oculta bajo su aparente fealdad? ¿Qué mensaje de humana grandeza nos llega desde

el fondo de su corazón? ¿Por qué este mensaje es como un puño que oprime la pulpa del nuestro? ¿Qué desconocido vínculo une nuestros corazones y nos hace amar el dolor que nos produce este mensaje? ¿Qué enaltecido pensamiento nos lleva a comprender que, si somos de la misma especie de ella, estamos hechos de un barro sublime? ¿Por qué, ante su callado ejemplo, nos avergonzamos de haber sido débiles, quejumbrosos y desconfiados alguna vez en nuestra vida? ¿Por qué la mirada de esta criatura, nos recuerda que el ser humano está hecho a imagen y semejanza de Dios aun cuando ella tiene un cuerpo deforme? Con profunda emoción comprendió Ana que el pintor sentía tan arraigado amor y tan profundo respeto por la sirvienta como por el monarca, y por ello hubiera querido depositar un ramo de encendidas rosas a los pies del artista. Mas, volviendo hacia él los ojos, se sintió otra vez al borde de una sima y miró nuevamente a la infanta.

En la rubia ternura de su cabeza, en la cándida gracia de sus manos, en su rostro ingenuo, en su constante fluir de recatada donosura, quisiéramos abreviar nuestra alma en todo instante de tribulación, en toda hora de fatiga, en todo arrebatado de ira, porque su contemplación compensa de iniquidades y flaquezas, de zozobras y renunciamientos, de sacrificios y caídas, y si es dura y difícil la lección de la enana, desde ahora nos colma el premio de haber visto a la infanta. Ana lloraba un llanto que estaba desde muchos años guardado en el fondo de su alma y que había esperado allí para ser llorado algún día, para ser redimido, más allá del mar, a tan larga distancia de donde había tenido su razón de ser.

Entonces, sollozando, sin miedo ya, Ana entró; besó el borde del vestido de la princesa y se volvió para inclinarse ante los reyes. Había llegado a un mundo que le pertenecía y en adelante nunca perdería el tesoro inapreciable de su maravilloso recuerdo.

Esto significaba, naturalmente, que Ana iba a partir, que regresaría a casa, ¡claro que sí! De pronto se puso a pensar que nunca afirmamos sin necesidad tan rotundamente algo de lo cual estamos completamente seguros. ¿Acaso podía haber alguna duda acerca de su retorno? Por primera vez miró hacia afuera de la escena, miró hacia la puerta por donde había entrado, la que primero fue marco y poco a poco se convirtió en dintel, y el momento en que dirigió sus pupilas en esta dirección fue el momento más crítico de su historia, porque en esa dirección había un espejo y allí se vio a sí misma rodeada de las personas que había contemplado y también estaba el perro. Estaban todos y todo. Allá, al fondo, se reflejaban los

reyes, doblemente vaciados en un estanque inmutable. Y estaba el cuadro del cuadro, los oscuros rectángulos de los testers, la sólida puerta de cuarterones, el caballero en escorzo en el raudal luminoso del fondo. Todo se daba ahora en una dimensión más profunda, con un distinto modo de ser, en el interior del interior, en un ambiente cuya profundidad se henchía y emanaba de sí a las criaturas plácidas y señoriales, clásicas en su serenidad de vidas inviolables, inaccesibles a la muerte.

Había sido admitida en la austera residencia de un monarca: era estimulante ser acogida tan generosamente. Pero de pronto le pareció que no era ésa la verdadera interpretación de los hechos. Más bien era como si la atmósfera vital de aquella estancia la hubiese absorbido. Sí, esta impresión estaba mucho más de acuerdo con la realidad y lo terrible era pensar que su imagen —había pasado a ser solamente una imagen— se iría gastando con el roce del tiempo, pues no estaba hecha de la sustancia imperecedera que confieren los pinceles del maestro. Estaba destinada a morir, sumida en ese mundo al que se acababa de sentir tan ligada, pero desde fuera, y en el cual no había correspondencia con su infancia ni con su juventud. Había sido arrancada al pleno goce espiritual, en el momento de la sabrosa cosecha, a una edad en que los sentimientos se decantan y la vida despliega sus ocultos y sencillos tesoros. Había sido atrapada por el insondable vacío del pretérito. Ana cobró plena y desoladora conciencia de su situación. Pero ¿por qué no se iba? ¡Nadie intentaba detenerla! Es que el aire se había inmovilizado. Ella había caído en el pozo de un sueño y jamás lograría asir de nuevo los ásperos bordes de la realidad. Bebió a sorbos demasiado grandes en el hontanar de la fantasía.